

Las centrales obreras mexicanas y las confederaciones sindicales continentales, 1918-1952 (Ejes conceptuales).

Carlos Ricardo López Gómez
Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora
clopez@institutomora.edu.mx

El estudio histórico de las relaciones entre las centrales obreras mexicanas y las confederaciones continentales durante la primera del siglo XX, es un terreno prácticamente inexplorado. Una temporalidad tan amplia –en la que tienen lugar múltiples procesos políticos, económicos y sociales a nivel nacional e internacional, la mayoría de ellos sumamente complejos– y la actividad de sujetos tan heterogéneos como las organizaciones sindicales mexicanas, ofrece al menos dos peligros de orden metodológico que es necesario evitar. El primero de ellos es caer en generalizaciones tan amplias que las centrales obreras nacionales aparezcan como estructuras homogéneas en su composición y en su posición política y laboral, es decir: que se pierdan de vista sus contradicciones internas y que el marco explicativo general de sus relaciones con otros actores, en especial con el Estado, se reduzca al binomio subordinación-independencia. El segundo riesgo es perderse en el detalle, en la descripción minuciosa de los sujetos y la narración ultra pormenorizada de sus actividades.

Para evitar ambos peligros, se propone abordar la investigación a partir de tres ejes conceptuales organizados de lo general a lo particular, diferentes entre sí pero íntimamente relacionados. Estos ejes son: 1) la importancia geopolítica de México y América Latina durante la primera mitad del siglo XX, y las características del desarrollo capitalista de la región durante el mismo periodo; 2) la emergencia, a nivel internacional, de la clase obrera como sujeto político y 3) el papel de la clase obrera mexicana en la sociedad y el Estado posrevolucionarios.

1) La importancia geopolítica de México y América Latina durante la primera mitad del siglo XX, y las características del desarrollo capitalista de la región durante el mismo periodo

En efecto, durante la primera mitad del siglo XX, México y América Latina adquirieron una importancia geopolítica especial, sobre todo con el fin de la primera guerra mundial. La historiografía coincide en señalar que, a nivel continental, las inversiones norteamericanas desplazaron rápidamente a las europeas. En México, por ejemplo, las minas y los pozos petroleros estaban, en su mayoría, en manos del capital estadounidense. La doctrina Monroe fue el motor ideológico que llevó a Estados Unidos a intentar ejercer un control político y material sobre la región, incluso mediante la intervención militar directa.

Por otra parte, la crisis de 1929 abrió la puerta para el desarrollo de mecanismos financieros que, a su vez, permitieran dar los primeros pasos para la industrialización por sustitución de importaciones. La economía de enclave y monocultivo perdió importancia en la medida que se desarrollaban mercados internos cada vez más fuertes. Todo esto en un contexto donde coexistían, a nivel regional, la política de “buena vecindad” y el modelo de “new deal” impulsados por el presidente Roosevelt, distintas clases de nacionalismo y, en algunos casos, cierta simpatía por los regímenes nazi fascistas.

Se puede decir que, durante los años 30, la importancia geopolítica de América Latina creció en la medida que las grandes potencias imperialistas y la Unión Soviética avanzaban hacia una nueva contienda militar a nivel mundial.

La segunda guerra mundial potenció, por otra parte, el desarrollo económico de América Latina. Una vez terminada aquella, con Estados Unidos y la URSS como grandes vencedores, rápidamente aumentaron las tensiones entre los proyectos políticos e ideológicos que representaban ambos países, a tal grado que una nueva confrontación parecía inminente. En este contexto, Estados Unidos buscó ejercer un control definitivo sobre América Latina, ahora bajo la bandera de la amenaza comunista.

2) La emergencia, a nivel internacional, de la clase obrera como sujeto político.

En los primeros años del siglo XX, la clase obrera ya gozaba de un peso político considerable, sobre todo en los países europeos. En naciones como Alemania, Francia e Inglaterra, los trabajadores contaban con importantes organizaciones sindicales –muchas de ellas organizadas en la II Internacional– y fuertes partidos políticos, la mayoría de ellos socialdemócratas, a través de los cuales era posible incidir, hasta cierto punto, en la política de cada país.

La guerra interimperialista, entre otras cosas, llevó a una fractura dentro de la socialdemocracia. En Rusia, el Partido Obrero Socialdemócrata (Bolchevique), al mismo tiempo que se oponía a la guerra, impulsaba al proletariado a sostener una confrontación directa con las clases dominantes a nivel nacional. En este sentido, se puede considerar la Revolución de Octubre como la culminación de dicho proceso, pero además demostró empíricamente algo en lo que Marx y Engels habían insistido, al menos, desde 1848 a través del *Manifiesto del Partido Comunista*: que el proletariado era la única clase capaz de ponerse al frente de una transformación radical de las relaciones sociales capitalistas.

A partir de 1917, no hubo proyecto político que no tomara en consideración a los trabajadores, ya fuera para mantener el *status quo*, obtener algunas reformas o hacer la revolución. México y América Latina no fueron ajenos a esta toma de conciencia del papel que podía cumplir la clase trabajadora. A lo largo de los años 20, se fundaron diversos partidos comunistas y organizaciones sindicales con presencia a nivel nacional en distintos países. En estos años el marxismo, incluso, alcanzó un importante desarrollo teórico en la región a través de pensadores como Víctor Raúl Haya de la Torre, Julio Antonio Mella y José Carlos Mariátegui. En este proceso convergía, además, la experiencia previa de los trabajadores organizados en mutualidades, asociaciones gremiales, etc., y la influencia del anarcosindicalismo.

En la primera mitad del siglo XX, la clase obrera latinoamericana asistió a su propia formación a través del desarrollo capitalista en cada país, y adquirió sus características peculiares en diversas luchas por obtener mejores condiciones laborales y de vida, y ampliar su presencia y participación en la vida política de la región.

3) El papel de la clase obrera mexicana en la sociedad y el Estado posrevolucionarios

Se puede decir que la clase obrera mexicana fue producto de la revolución mexicana. La adhesión de algunos núcleos de trabajadores organizados al proyecto modernizador constitucionalista, su incorporación política y militar a la facción triunfante, es el proceso que define en buena medida las características de las organizaciones laborales y políticas de la clase obrera mexicana. Sin el concurso de la clase obrera, minoritaria por su número pero temible por su capacidad de organización y movilización, es imposible pensar en el éxito del proyecto social y económico de las nuevas clases dominantes.

A partir de 1918, los trabajadores mexicanos contaron con diversas estructuras organizativas capaces de abrir espacios de negociación y acuerdo con las patronales y el gobierno a lo largo del tiempo. Estas estructuras, a las cuales llamamos “centrales obreras”, estaban formadas, en su mayor parte, por pequeñas organizaciones de trabajadores de sectores productivos con poco valor estratégico en términos económicos, las cuales, por separado, no tenían ningún peso político, pero unidas en una estructura nacional representaban un actor político de mucha importancia. En este sentido, la composición de las centrales obreras mexicanas que se formaron a lo largo de la primera mitad del siglo XX fue sumamente heterogénea.

El desarrollo histórico de las centrales obreras, además, pasó por momentos de gran cercanía con los gobiernos en turno, y otros de alejamiento y confrontación. Los factores que definen estos periodos

cambian a lo largo del tiempo. Entre 1933 y 1935, por ejemplo, había múltiples organizaciones obreras, casi todas enfrentadas entre sí y con el gobierno. Sin embargo, la política de masas del cardenismo logró aglutinarlas en una sola central. Sin la unidad laboral y política, al menos por un tiempo, entre la clase obrera y el gobierno, procesos fundamentales para posterior desarrollo capitalista del país, como la expropiación petrolera, no hubieran tenido lugar.

Con excepción de la Confederación Sindical Unitaria de México (CSUM) y la Confederación General de Obreros y Campesinos de México (CGOCCM), en general se puede decir que las centrales fueron un intermediador entre la política social del Estado posrevolucionario, los intereses de las clases dominantes y las aspiraciones de los trabajadores. Las centrales fueron, también, el espacio en el que se formó una aristocracia obrera profundamente autoritaria y corrupta, cuyos integrantes forjaron sus liderazgos a partir del trato diario con los trabajadores y la negociación inmediata de sus demandas, y cuya elitización abrió una brecha cada vez más grande entre esta aristocracia y la base. Las centrales obreras, en especial a partir de la incorporación de la CTM al PRM, también fueron estructuras de formación política que produjeron numerosos cuadros afines al Estado.

Todas estas características hicieron de las centrales obreras un poderoso aliado de los regímenes en turno contra los sectores de clase más politizados y con mayor peso estratégico en términos económicos, es decir, el proletariado industrial. El proceso de sometimiento de los textileros en los años 20, de electricistas, mineros, petroleros y ferrocarrileros en los 40 y 50, no fue sólo represivo, sino que implicó la puesta en práctica de diversos mecanismos de división, presión, negociación y cooptación, en el que las centrales obreras jugaron un papel determinante.

Alguna consideraciones sobre las relaciones entre las centrales obreras mexicanas y las confederaciones sindicales continentales

Las relaciones entre las centrales obreras mexicanas y las confederaciones sindicales continentales forman un espacio privilegiado para observar cómo estos tres ejes conceptuales se relacionan entre sí a lo largo del tiempo, lo cual nos permite hacer algunas consideraciones generales sobre este proceso.

1. Los años veinte están marcados por el proceso de reconstrucción nacional. La actividad internacional de la central obrera mayoritaria, la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), se limita a sostener una alianza con la American Federation of Labor (AFL). Al menos entre 1918 y 1924, la AFL requiere el apoyo de la CROM para dar forma a la Confederación Obrera Panamericana (COPA) e impulsar la doctrina Monroe a nivel regional en el ámbito laboral.

La presencia de la COPA, sin embargo, se limitó sólo a algunos países de Centro América y el Caribe, ya que las federaciones sindicales sudamericanas consideraban que la COPA era una organización imperialista y, por lo tanto, opuesta a los intereses de la clase obrera. La CROM, como parte de la coalición gobernante, aceptó ingresar a la COPA porque encontró en la AFL a un importante aliado dentro de Estados Unidos para presionar al gobierno de aquel país en asuntos que eran de especial importancia para los gobiernos de Carranza y Obregón, lo cual, a su vez, le permitía a la CROM consolidar su propia posición política en el plano nacional.

Cabe señalar que la alianza CROM-AFL y, por lo tanto, el proyecto de la propia COPA, dependían demasiado del papel que jugara Samuel Gompers. Cuando éste murió, en diciembre de 1924, la alianza entre la CROM y la AFL entró en un proceso de paulatino deterioro. No era posible que las relaciones entre ambas centrales se rompieran totalmente porque la CROM tuvo, entre 1924 y 1928, su

época de mayor auge político y laboral, y porque la AFL, en los momentos de mayor tensión entre el gobierno estadounidense y el de Calles, siempre apoyó a este último.

La CROM diversificó sus relaciones con otras organizaciones obreras. El gobierno de Calles envió agregados diplomáticos obreros a Alemania, Argentina, Estados Unidos, Francia y la Unión Soviética. La COPA era cada vez menos prioritaria para la CROM, y sólo formaba parte de una política internacional más amplia. Además, debido a la inconformidad de los trabajadores centroamericanos y caribeños por la política imperialista de Estados Unidos en la región, las tensiones dentro de la COPA fueron en aumento durante este periodo.

Las relaciones entre la AFL y la CROM se enfriaron definitivamente cuando esta última perdió su predominio político a nivel nacional, en medio de la crisis política que provocó el asesinato de Álvaro Obregón. A este escenario de crisis política, en el cual se da una recomposición al interior de la élite gobernante y en el que la clase obrera queda completamente excluida, dividida y enfrentada entre sí, se suman los violentos efectos de la crisis del sistema capitalista de 1929.

No hay que perder de vista que México, al menos desde dos años atrás, estaba sumergido en una grave crisis económica como consecuencia de la caída de los precios internacionales de la plata y el petróleo. Esto ocasionó una serie de problemas que afectaron, sobre todo, a la clase obrera. Entre ellos: paros patronales temporales, cierres definitivos de empresas, despidos, reajustes salariales y de jornada laboral. Estos problemas se agudizaron aún más con la crisis de 1929, la cual produjo, también, el regreso masivo de trabajadores mexicanos provenientes de Estados Unidos.

2. La primera mitad de los años 30 son de una relativa autonomía del movimiento obrero frente al Estado.

Los años que van de 1929 a 1932 se caracterizan por una profunda división entre las organizaciones

laborales y un deterioro significativo en las condiciones de vida de millones de trabajadores, los cuales se ven obligados a tratar de mantener a toda costa sus empleos y abandonar, hasta cierto punto, la acción sindical reivindicativa.

Esto cambia paulatinamente a partir de 1933, cuando la economía empieza a mostrar algunos signos de recuperación, proceso que coincide con una tendencia a la unidad dentro del movimiento obrero, en la cual convergen al menos dos tendencias sindicales más o menos radicales.

La primera etapa de este periodo está marcada por el sindicalismo rojo de la Confederación Sindical Unitaria de México (CSUM), línea de acción sindical trazada por la Internacional Sindical Roja (ISR) y adoptada por la Confederación Sindical Latinoamericana (CSLA) desde su fundación, en 1929. Si bien la CSUM formaba parte de la CSLA, las condiciones de represión y semiclandestinidad en las que tuvo que desplegar su trabajo organizativo y sindical imposibilitaron que se desarrollara un vínculo real entre ambas estructuras. Sin embargo, al comparar las luchas de los sindicatos unitarios con las de otras organizaciones en América Latina, también afiliadas a la CSLA, se pueden detectar muchos rasgos en común, entre ellos, el carácter antiimperialista que se le imprimía a la acción sindical y la disposición al sacrificio físico y político de los organizadores comunistas en cada huelga.

La segunda etapa del periodo se define el surgimiento del sindicalismo revolucionario de la Confederación General de Obreros y Campesinos de México (CGOCM). El sindicalismo revolucionario buscó romper definitivamente con el sindicalismo de acción múltiple que había caracterizado históricamente a la CROM, recuperar la noción anarcosindicalista de huelga general y acción directa, y actuar con absoluta independencia del Estado al rechazar la intermediación de este último. No hay que perder de vista que el Estado había buscado someter al arbitraje obligatorio los conflictos entre obreros y patrones, al menos, desde la aprobación de la Ley Federal del Trabajo en 1931.

Los vínculos de la CGOCCM con el movimiento obrero a nivel internacional, sin embargo, se limitaban a los contactos de Vicente Lombardo Toledano con algunos dirigentes como John L. Lewis, del Congress of Industrial Organizations (CIO).

El sindicalismo rojo y el revolucionario tendieron a converger tras el ascenso del general Cárdenas al poder. Ambos tenían la clara intención de detener a “la reacción”, “el imperialismo” y el “nazi-fascismo”. Un factor importante en la definición ideológica de ambas tendencias sindicales fue la idea de formar un “frente popular”. El proceso de unidad, el cual no estuvo libre de enfrentamientos y contradicciones entre ambas tendencias, culminó con la fundación, en 1936, de la Confederación de Trabajadores de México (CTM).

3. Entre 1936 y 1947, tienen lugar una serie de procesos que son sumamente importantes, todos ellos en el marco general de la segunda guerra mundial. El ascenso del nazismo llevó al mundo a una nueva contienda entre potencias imperialistas. América Latina no permaneció ajena al proceso. El “new deal” y la política del “buen vecino”, potenciaron hasta cierto punto el desarrollo capitalista en la región.

En México, estos factores internacionales, aunados a la política nacionalista y revolucionaria del general Lázaro Cárdenas y su política de masas, en la cual la CTM jugó un papel de primera importancia, posibilitaron que se llevaran a cabo medidas como la expropiación petrolera.

A nivel internacional, la CTM, ayudada por el régimen cardenista, impulsó la formación de la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL) en 1938. Esta organización agrupó a las centrales obreras nacionales de distintos países latinoamericanos, jugó un importante papel como organizadora sindical en países donde no había un movimiento obrero fuerte, desplegó una intensa

actividad de propaganda en contra del nazi-fascismo y a favor de la causa aliada, además de promover una imagen avanzada y progresista del gobierno mexicano.

Sin embargo, una vez que estalló la guerra y que la URSS, en 1941, entró en ella, el máximo dirigente de la CTAL, Vicente Lombardo Toledano, abandonó las posiciones del sindicalismo revolucionario que había defendido al frente de la CGOCM, para pedirle a los trabajadores de México y de todo el continente que buscaran todas las formas posibles de solucionar un conflicto laboral antes de siquiera pensar en estallar una huelga.

En el país, el inicio de la segunda guerra mundial abrió una coyuntura económica y política que se caracterizó por la “unidad nacional” entre los distintos sectores de la sociedad. Sin embargo, mientras la burguesía nacional vio aumentar sus ganancias considerablemente gracias a la “unidad”, las condiciones de vida de la clase obrera se deterioraron en la misma proporción.

Por otra parte, mientras Lombardo dirigía la CTAL, perdió su posición al frente de la CTM. Con ayuda del propio Lombardo, la secretaría general de la confederación pasó a manos, de Fidel Velázquez. Ambos habían trabajado juntos desde los tiempos de gloria de la CROM. Hasta el momento, no ha sido posible definir cómo eran las relaciones entre la CTAL y la CTM. Lo único que se sabe con certeza es que el espacio entre las posiciones de Lombardo y Fidel Velázquez y su grupo se hizo más amplio a medida que se acercaba el fin de la guerra.

4. Entre 1946 y 1952, hay una rápida sucesión de acontecimientos en el sindicalismo a nivel internacional. Tras la derrota del Eje y la emergencia de Estados Unidos y la URSS como grandes vencedores, el mundo entró en la llamada “guerra fría”. En el terreno sindical, los sindicatos soviéticos alcanzaron un frágil y, a la postre, efímero acuerdo con los ingleses y franceses para formar la Federación

Sindical Mundial (FSM). Para contrapesar la influencia de la FSM, el Departamento de Estado y la American Federation of Labor promovieron la creación de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL).

Al mismo tiempo que Lombardo alcanzaba el punto más alto de su carrera como dirigente “obrero” a nivel mundial --ya que al ser el máximo dirigente de la CTAL, ocupó la vicepresidencia de la FSM--, perdía definitivamente su poder dentro de la CTM. La solución fue fundar una nueva central: la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM), la cual se unió inmediatamente a la FSM.

El sindicalismo latinoamericano quedó atrapado en medio de la confrontación entre dos tendencias: una representada por la CTAL y la otra por la Confederación Interamericana del Trabajo (CIT), brazo regional de la CIOSL. Bajo la bandera del combate contra la “amenaza comunista”, la CIT sacó federaciones enteras de la CTAL, formó a decenas de cuadros de dirección en Estados Unidos y promovió activamente una imagen favorable de este país a nivel latinoamericano. Un tercer actor en este conflicto fueron los agregados diplomáticos obreros del gobierno de Juan Domingo Perón.

Con la expulsión de Lombardo, la CTM rompió con la CTAL y con la FSM, y se alejó del campo de acción internacional temporalmente, pero fue un actor de primera línea en la estrategia de disciplinamiento de los sindicatos nacionales de industria adoptada por el gobierno de Miguel Alemán, un presidente absolutamente afín al gobierno de Estados Unidos. El sometimiento de los sindicatos de industria fue una pieza clave para el éxito del proyecto desarrollista.

No queda claro cuál fue el proceso que siguió la CTM para unirse a la Organización Regional Interamericana del Trabajo (ORIT) en 1952, la cual se había formado un año antes para sustituir a la CIT.

La historiografía sugiere que la CTM no aceptó integrarse a la ORIT hasta que obtuvo la dirección, pero la información con la que se cuenta es insuficiente.

Prohibido citar sin autorización del autor